

ILUSTRACION ARTISTICA

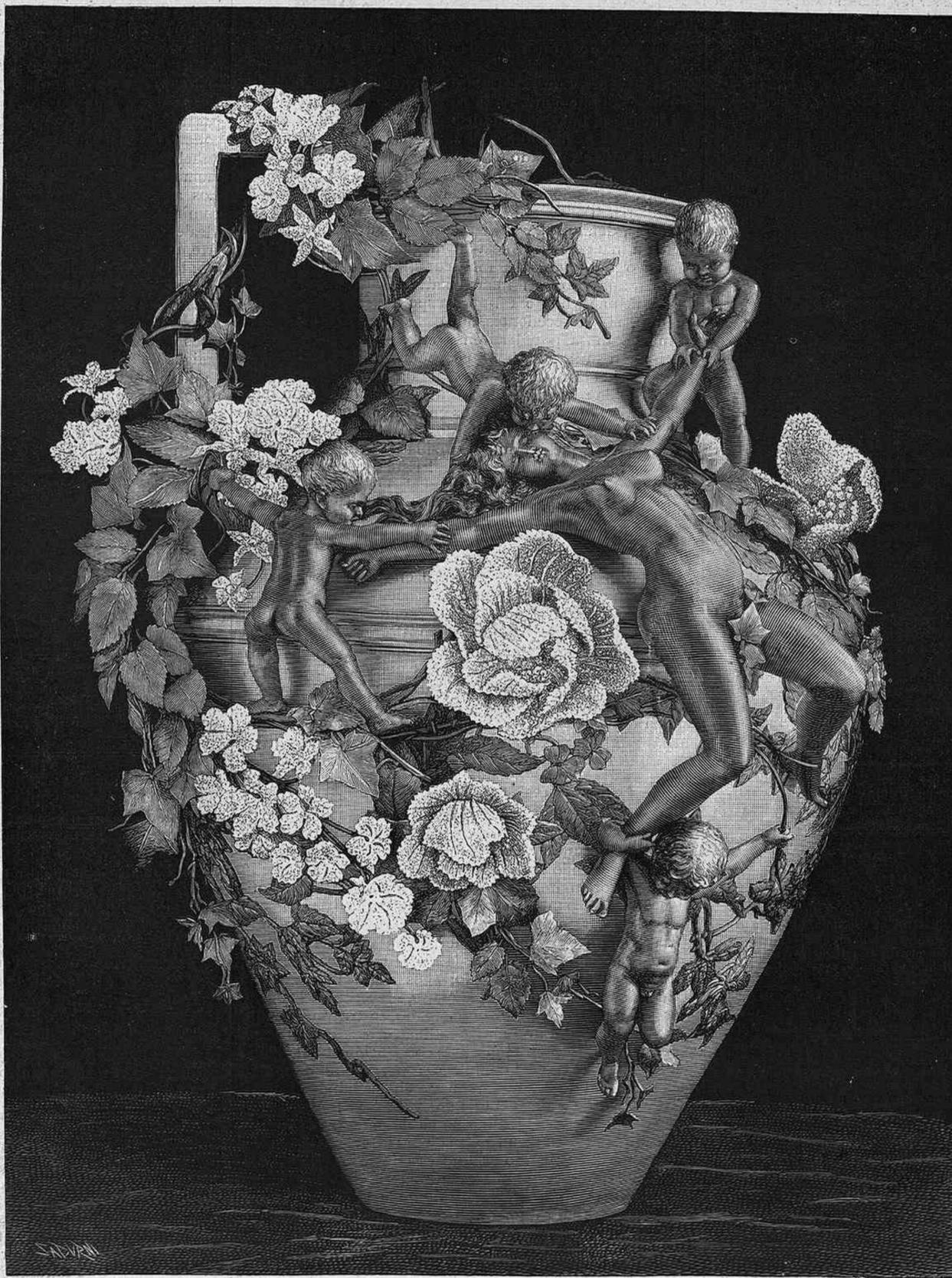
AÑO VII

→ BARCELONA 3 DE DICIEMBRE DE 1888 ←

NÚM. 362

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



JARRON DECORATIVO EXPUESTO POR LOS SEÑORES MASRIERA HERMANOS (1/4 de su tamaño natural)

Medalla de oro adjudicada por el Jurado Internacional

SUMARIO

TEXTO. - *Nuestros grabados. - Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxard. - *El cerro de oro*, por don Ricardo Revenga. - *El teatro Tagalo*, (conclusión) por don V. Barrantes. - *Noticias varias.*

GRABADOS. - *Jarrón decorativo expuesto por los señores Masriera hermanos. - Coquetería*, dibujo de J. M. Marqués. - *Delante del espejo*, cuadro de Wladimiro Czachorski. - *El que llega y el que parte*, cuadro de G. de Chirico. - *Sus favoritos*, cuadro de E. Munier. - *Dos amigos*, estudio de Sir Edwin Landseer. - *¡Catala!*... cuadro de Augusto Wolf.

NUESTROS GRABADOS

JARRÓN DECORATIVO

expuesto por los Sres. Masriera hermanos

1/4 de su tamaño natural

(Medalla de oro adjudicada por el Jurado internacional.)

(Exposición Universal de Barcelona)

Armonizar las artes industriales y las bellas artes, hacer que lo bueno sea igualmente estimable por lo bello, demostrar que el sentimiento estético es susceptible de ser revelado en todo producto del humano trabajo, ha sido el *desideratum* de los verdaderos industriales que no pueden prescindir de ser artistas si en sus obras han de mostrarse perfectos. Esto precisamente han conseguido en nuestra Exposición los plateros y joyeros Sres. Masriera hermanos, que si en este ramo de industria se han puesto tan altos, no menos bien sentada tienen su reputación de pintores, bien ganada dentro y fuera de nuestra ciudad, donde quiera que han expuesto sus lienzos.

El jarrón que con tanta justicia ha sido admirado por centenares de miles visitantes de nuestro gran certamen y que reproducimos con toda fidelidad en el presente número, es de plata mate con figuras escultóricas corpóreas que se mueven entre flores, corpóreas también, incrustadas ó mejor fabricadas de brillantes. Prescindiendo del valor material de esta joya, hay que reconocer con cuánta justicia el Jurado nombrado por la Asociación de Artífices la ha calificado de *superioridad en el arte de platería*. Si elegante es el dibujo, perfecta la mano de obra: la figura de mujer que representa el sueño, es de un atrevimiento notable; las flores, con ser de *piadras*, parecen mecerse en sus tallos.

Como industriales y como artistas, nuestra ILUSTRACIÓN felicita cordialmente á los señores Masriera hermanos.

COQUETERÍA, dibujo de J. M. Marqués

La mujer es mujer siempre y en todas partes: donde quiera que tiene flores á su alcance, siente impulsos de adornarse con ellas, porque tanto le dice su corazón de acuerdo con el espejo, que las flores son irremplazables para hacer resaltar las naturales gracias de la juventud. J. Marqués que entiende de mujeres y que entiende de flores, ha querido como muchos otros pintores, dar idea de la niña sorprendida en flagrante delito de coquetería. ¿Delito?... Ni por pienso... ¿Pecado?... Si lo fuere, ¿qué mujer bonita pudiera vanagloriarse de vivir en gracia de Dios?...

DELANTE DEL ESPEJO

cuadro de Wladimiro Czachorski

(Premiado en la última Exposición de Munich)

El autor de este hermoso lienzo es natural de Lublin (1850), pero el aire de Munich le ha convertido, como á tantos otros, en artista de la moderna escuela alemana, que sienta bien á sus tendencias románticas. Alemania es la nación cuyos pintores y cuyos poetas viven todavía en un mundo algo ideal que no es del todo el mundo prosaico de otros pueblos.

También gusta Czachorski de pintar figuras de mujeres, porque los trajes con que las viste (sin tener que pagar cuentas á la modista) le permiten obtener maravillosos efectos de colorido. No puede negarse, sin embargo, que en este cuadro hay algo más que la estratagemma de un artista para pintar un vestido de seda que se sienta crujir. No, no se ha hecho esa mujer exclusivamente para ese vestido, ni lo principal se convierte de modo alguno en accesorio. Ese hermoso rostro, esa naturalísima actitud, ese delicado toque de satisfacción propia, revelado con la prudencia digna de un gran maestro, condiciones son nada comunes. Tenemos á la vista una verdadera obra de arte.

EL QUE LLEGA Y EL QUE PARTE

cuadro de G. de Chirico

Lienzo de asunto trascendental, verdaderamente filosófico. Lo effmero de la vida, el bautizo y el entierro, la proximidad de la cuna al sepulcro; he aquí el pensamiento encerrado en esta composición; pensamiento tanto más laudable en cuanto el artista lo ha concebido de la manera más sencilla y al mismo tiempo más gráfica y comprensible que pudiera desearse.

Para ello ayudaban á Chirico las costumbres de Italia (su patria) donde aun las más humildes familias despliegan la mayor pompa posible en la celebración de una de esas ceremonias, el bautizo y el entierro. No, empero, sin mucho talento se combinan en una composición dos acontecimientos de tan diversa índole, sin que los personajes se embaracen unos á otros, resultando una mezcolanza donde cada invitado parece buscar á tientas á su compañero. Nada de esto ocurre en nuestro cuadro, donde cada comitiva ocupa su lugar, sin esfuerzo alguno, sin que se rechacen mutuamente, de la manera más natural y más artística que cabe en pintor de verdadero genio. *El que llega* viene despertando júbilo; *el que parte* vase con acompañamiento de lágrimas: uno y otro salen del templo, aquél para ingresar en el mundo; éste para ser inhumado en el cementerio. ¿Cuál de los dos es el digno de lástima? Este problema no lo resuelve el artista, harto hace con plantearlo tan delicadamente.

SUS FAVORITOS, cuadro de E. Munier

Lienzo en que se ha de atender á la calidad más que á la cantidad. Una sola figura; pero, ¿cabe expresión de mayor candor, actitud más natural, manera de hacer más delicada y espontánea? Esa niña es la personificación de la inocencia, no manchada siquiera por la sombra de un pensamiento torpe. En este sentido, ¿no puede perdonarse al autor la falta de realismo, digámoslo así, de su hermosa criatura? Por nuestra parte le absolvemos muy gustosos: cuando se trasladan á un lienzo sentimientos absolutamente immaculados, sentimos como una necesidad de que la hermosura del cuerpo y la del alma corran parejas.

DOS AMIGOS, estudio de Sir Edwin Landseer

En todas partes son los perros animales muy apreciables, pero en Inglaterra disfrutan, al par de los caballos, especiales consideraciones. Artistas muy distinguidos que pueden acometer asuntos de mayor aliento, sacrifican su tiempo haciendo estudios serios en este campo de la naturaleza, en el cual resultan sobresalientes. Entre esos artistas figura en primera línea el autor del cuadro que publicamos, adquirido con destino á la Galería Nacional de Londres. Landseer nació en 1802 y murió á los cincuenta años de edad. Grande admirador de los maestros clásicos, no por esto siguió sus huellas; una vocación especial le llevaba á la pintura de irracionales, en cuyo género llegó á ser una verdadera notabilidad. Buena prueba las dos cabezas del cuadro que reproducimos, ejecutadas con suma delicadeza y precisión, tan distintas entre sí y entrambas tan expresivas y ajustadas á verdad.

¡CÁTALO!... cuadro de Augusto Wolf

Tiene este lienzo un sabor clásico que avalora todas las obras de su autor. Si es notable por lo correcto del dibujo, no lo es menos por su ejecución vigorosa que algo recuerda la fantasía del ilustre Ribera. La impresión que la garrida moza causa á esos bebedores está perfectamente expresada: la figura del viejo no tiene desperdicio. No es menos expresiva la de la mujer, incitante por cierto, pero en modo alguno desventueta, y para que no huelgue en la sobria composición personaje alguno, la cabeza de la niña demuestra una inteligencia bastante precoz para comprender y despreciar la conducta del viejo alegre de sobra.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á CLAVÉ

Mi hombre, con la tarjeta de invitación en el bolsillo, se dirigió al encuentro de la comitiva.

Llevaba la imaginación absorta en el recuerdo del músico-poeta. Los periódicos de la mañana, que acababa de leer, le habían evocado con sus artículos las varias fases de aquella personalidad excepcional, digna de tal apoteosis hoy, merecedora con el tiempo de una transfiguración legendaria. Todos aquellos artículos, aun los menos entusiastas, denunciaban que el hombre, cuyo monumento se iba á inaugurar, merecía el mágico, el resplandeciente calificativo de *genio*, tan mal comprendido en realidad, tan mal aplicado con frecuencia... Porque fué hombre de intuiciones, no de estudio, espontáneo y original en su arte, sin antecedentes, sin otros modelos que los de la misma musa popular, tenaz en sus propósitos, magnánimo en su intención, y poseedor, quizás inconsciente, de aquel don maravilloso que da forma á un nuevo anhelo de la sociedad, y la fascina y la arrebatada con nuevos medios. ¡Qué fuego en los encomios de los articulistas! ¡qué viveza en los recuerdos de los contemporáneos del hombre! ¡qué infinita diversidad y variedad de temas sugería á aquellos escritores! Este único dato revela un algo superior, muy superior en aquella personalidad. Unos relataban las anécdotas de su vida privada, su carácter, sus comienzos, sus luchas y penalidades. Otros, testigos oculares de sus triunfos, asociaban á ellos tiernas memorias juveniles de aquella época en que los conciertos de Clavé, en la *Ninfa* primero, en el *Euterpe* después, estuvieron de moda entre la buena sociedad barcelonesa. ¡Clavé músico, sin fortuna y sin recursos, que pasa de *callejero á popular* y resucita y transforma la música del pueblo sin alterar su sencillez ni empañar su candor, y en medio de la artificiosa cultura de una ciudad populosa, enciende la pasión por los cantos nativos y primitivos, ya olvidados! ¡Clavé poeta, que balucea sus primeras trovas en la lengua oficial y halla, por fin, su forma más adecuada y propia en la lengua familiar de su país, y llega por este camino á ser el factor, el agitador, el iniciador más importante del renacimiento catalán, en el punto mismo en que se instauran los Juegos Florales y nace nuestro teatro! ¡Clavé organizador de las sociedades corales de obreros, con que da á sus ocios un fin noble, un medio de cultura á una clase desvalida, un ideal artístico y superior á todo un pueblo de industriales: alas que le levantan por encima de las vulgares preocupaciones cotidianas! ¡Clavé político, vivificando su empresa artística, y la letra de sus composiciones, con aquel sentimentalismo social, generoso y romántico de los viejos revolucionarios, apologistas de la fraternidad, la honradez en la pobreza, la dignificación por el trabajo: ecos todavía de aquella primera concepción del ciudadano, creyente en los dogmas del 89, no escéptico ni enervado, instruyéndose junto al hogar, con el hijo en las rodillas, la esposa en frente, y apoyado el libro en el yunque: concepción lamartiniana del obrero, que parece completada por Clavé con algo más espiritual todavía, pues pone en sus labios la melodía de la patria y de la tradición, yorea su frente con el aire de las montañas! ¡Cómo no ha de parecer legendario andando los tiempos, un músico-poeta que tal realiza en pleno siglo XIX, cuando el libro y la ópera convirtieron la poesía y la música populares en materia de estudio para los eruditos; cuando el poeta sale de la Universidad y el compositor es un sabio, y el arte por excelencia, un pasatiempo refinado de las clases ilustradas, no un sentimiento vivo y natural difundido por todas partes!

Tales recuerdos, tales ideas se agolpaban en la imaginación de mi hombre dirigiéndose á presenciar la inauguración de la estatua de Clavé.

La mañana estaba espléndida; la Rambla alegre, como suele en domingo; un sol hermoso, amarillento como de

otoño que era, pero caliente y bochornoso como de julio, animaba el espectáculo de aquel gentío y sonreía en los colorines y plumajes de las señoras; obligado concurso de tales sitios á la hora de misa.

Por el arroyo de la izquierda, deteniendo la circulación de tranvías y coches, iba subiendo ya el séquito, en dirección á la Rambla de Cataluña. Precedíale la guardia montada con sus penachos blancos; seguían estandartes y pendones de las sociedades corales aun existentes, algunas, con nombres mitológicos que les dió el fundador, apegado aun en esto á la sempiterna convención corriente en teatros y casinos; iban tras cada una de aquellas enseñas, los coristas, en pequeños grupos: restos de aquel primer ejército de cantores, mezclados ya sin duda con nuevos alumnos que no sentirían tal vez afecto alguno por el maestro, ó ignorarían ya su historia; cerraban la comitiva literatos y artistas (músicos bien pocos), comisiones é individuos del Municipio, y en medio de todos descollaba un magnífico carro alegórico de elegantes líneas con bellos grupos de niños y matronas, que simbolizaban las mejores composiciones del artista.

La gente se agolpaba junto al arroyo; el séquito desfilara con el lento paso y el porte distraído del que va en procesión; la carroza, bamboleándose, divertía los ojos, sugería el recuerdo y el comentario de las principales piezas de Clavé, pero no la seguía, no, prolongada estela de aplausos, de hurras, de entusiasmo espontáneo y común. ¡Ah! Como siempre, esa ceremonia al aire libre, la glorificación de un nombre ante las generaciones que ya sólo conservan de él un recuerdo, ó que no participaron para nada de sus triunfos, resultaba bien distante de lo que debiera ser, bien fría y pobre para quien mide por su entusiasmo el ajeno, y por su opinión, la del vulgo!... ¿Qué? Las señoras, que en los balcones con damascos, veían pasar el busto del compositor, ¿no eran ya las mismas que concurrían á sus originales conciertos, un tiempo tan anhelados? No; ya no eran las mismas, ó se borró de su memoria aquel pasatiempo, fugaz y frívolo como la moda. Los artesanos y obreros que se detenían al paso de la comitiva, ¿no participan ya, en algún modo, de aquellos ideales democráticos que procuraba infundirles con el arte, el cantor popular que á ellos consagró su genio? No; tampoco; muchas de aquellas ilusiones se han desvanecido ó se han marchitado como la fuerza de aquella generación que las alimentó. Y entre los mismos que figuraban en el séquito, autoridades ó comisionados, literatos ó curiosos, si muchos, contemporáneos, si algunos, amigos de aquel hombre excepcional, ni todos sentirían ya el ánimo conmovido como en aquellos días de gloria, ni los más comprenderían cuán legítima había sido. Así, apenas hay solemnidad conmemorativa que no se trueque en acto oficial acompasado y ceremonioso, triste en el fondo. Porque es bien triste verle regido siempre por las momentáneas circunstancias de lo presente, más que por la idea viva aún, y el permanente entusiasmo de lo pasado.

Aquella comitiva llegó á duras penas y entre empellones al pie del monumento. El gentío se había engrosado y crecido por toda la extensión de la Rambla de Cataluña que apenas podía contenerle, y amenazaba invadir, rota la valla, el recinto cerrado alrededor de la estatua.

En todas las casas vecinas, aleteaban las colgaduras de colores; en balcones y azoteas, multitud de curiosos; encaramados en los árboles, apiñados, los chiquillos. Cubría aun la estatua el lienzo.

Ya está la comitiva ocupando la improvisada tribuna de rigor; ya se sienta á la mesa presidencial la comisión de casos tales; y empiezan los discursos, aquellos discursos que nadie oye nunca y que la práctica de tales ceremonias va abreviando diariamente. ¿Qué voz es bastante poderosa para sonar inteligible á campo abierto, para imponerse á una multitud hormigueante y rumorosa, dispuesta á ver, pero no á escuchar? El orador se ve obligado á sustituir la palabra con el gesto ó la idea con el grito, y es gran fortuna que le oiga siquiera el noticiero tomando apuntes en pie y sobre el *clac*, cuando aun los más cercanos cuchichean y aguardan que se termine pronto.

Y terminaron con unas cuantas aclamaciones.

Y se pasó á descubrir la estatua.

Irguióse ésta entre aplausos, agigantada y severa, mientras las sociedades corales entonaban un bello himno, que se llevaba el aire, lo mismo que los discursos, porque en espacio abierto no es posible otra cosa. Depusieron luego coronas en el pedestal, arrojaron sobre él flores y laurel á puñados; inclinábanse los estandartes al pasar y aplaudía la gente, más curiosa que conmovida.

Y á poco, se levantó de aquel zumbido inextinguible de la multitud agrupada, un nuevo cántico, la voz del maestro, la inspiración del genio á quien se recordaba. *¡Gloria á España!* cantaba el coro, ya con nutridas aclamaciones, que parecían espontáneamente proferidas y no compuestas, ya con sencillísimas melodías que alternadamente recorrían todos los tonos partiendo de diversos grupos, ya con suave rumor á *bocca chiusa*, é inesperadas transiciones. ¡Qué naturalidad en los motivos! ¡Qué arrebatado movimiento en el canto de alegría! ¡Qué candor y simplicidad de medios que llegan á lo más íntimo del alma y la estremecen como el mismo acento de la naturaleza! La voz humana, vibrando á coro, añadía al atractivo de aquella inspiración general, el encanto inexplicable y no comparable con la de ningún instrumento, que agolpa las lágrimas á la garganta y sacude los nervios

como un llamamiento de la humanidad entera.

¡Bien merecía aquella estatua quien supo comprender todo el valor del coro y sólo con él creó una música genuina y propia del pueblo catalán!

J. YXART

27 noviembre

EL CERO DE ORO

I

El duque de Casa-Rubio nació pobre; su padre era un modesto empleado en el municipio de Madrid con sus seis mil realazos anuales, diez horas diarias de oficina y nueve hijos, tenidos durante los primeros ocho años de matrimonio.

Circunstancias son estas más que poderosas para vivir muriendo durante diez y siete años y para morir al fin de plétora de hambre.

Y ese fin desgraciado llegó.

Murió don Vicente Rubio, que así se llamaba el padre del duque, y su hijo Vicentito encontróse á los diez y seis años con un estómago que más parecía molleja, un hambre de cesante en noche buena, y para satisfacerla y llenar aquel saco sin fondo, los escaparates de todas las tiendas de ultramarinos de Madrid, que le brindaban con sabrosas raciones de vista.

Cuida el Altísimo hasta de la vida de los pájaros, y por lo tanto no echó en olvido á Vicentito Rubio, que era pájaro de cuenta.

Los méritos que en vida contrajo su padre y la actividad y viveza de imaginación de Vicentito, le procuraron una plaza de escribiente en el juzgado municipal del distrito de la Inclusa.

Extendiendo citaciones á verduleras, simones, taberneros y demás gentes pacíficas pasóse nuestro héroe seis años interminables.

A pesar de su modestísima posición tratábase con la mayor parte de los señoritos de Madrid. Su constante buen humor, su gracia y su fisonomía simpática suplían y hasta hacían olvidar el mayor pecado que un hombre puede tener: la pobreza. Si un señorito de esos que componen lo que ha dado en llamarse lo mejor de Madrid, invitaba á una francachela á sus amigos, pagando así otros convites recibidos, Vicente asistía á la francachela y pagaba su parte con la moneda que la naturaleza le prodigó á manos llenas, el ingenio, ya que respecto á la plata y otros metales preciosos, le dijo: «Dios nos dé qué dar, hermano.»

No era Vicente un modelo de virtudes, por más que lo era de gracias, ni á pesar de asistir á todas partes de gorra, como vulgarmente se dice, jamás nadie se atrevió á tacharle de gorrón impertinente, pues ni solicitaba las invitaciones que se le hacían, ni se humillaba al recibirlas, sabiendo además, pagar sin servilismo, las mercedes que se le hacían con pequeños servicios, discretos consejos y bondades de carácter, mostrándose indiferente y hasta desdeñoso, no con quien le favorecía, sino por el favor recibido. En una palabra, Vicente era un vividor de excepcionales condiciones. Si nació pobre, nació discreto; si no se conformaba con su pobreza y prefería la olorosa y elegante trufa al vulgar tubérculo que Parmantier introdujo en Europa, y que viene á ser el maná de los cenicientos del mundo, alientos tenía para convertir el hígado frito en *pate foie-grass*, el peleón en *chateau margaux*, y su americana de quince pesetas comprada en un bazar de ropas hechas en el frac cortado por la tijera del más hábil sastre que en Madrid se enriqueciera con el dinero de los descendientes de aquellos esforzados varones, que con sólo el aliento de su pecho, dignos émulos del gigante Caraculiandro, el del brazo arremangado y el de la gran fuerza, supieron arrojar á los moros de Granada, hacerse dueños de un nuevo mundo y llevar el espanto á Flandes, á Italia y casi al mundo entero, y por fin, si muchos dones le habían sido negados, muchos le habían sido concedidos y de adhehala, una ciencia infusa, que vale y produce hoy día más que todas las ciencias exactas y sociales: la ciencia de la mundología, lo que el vulgo llama tener ángel y don de gentes.

Entre los amigos de Vicente había uno que le distinguía sobremanera y por quien sentía una marcadísima preferencia.

Juan del Río era su nombre. Pertenecía á una distin-



COQUETERÍA, dibujo de J. M. Marqués

guida familia, su padre ocupaba una alta posición oficial y era además poseedor de una cuantiosa fortuna.

A Juan del Río debe el narrador de esta verídica historia cuanto hasta aquí va dicho y cuanto verá el curioso lector que siguiere leyendo.

No era Vicente Rubio, como he dicho, dechado de virtudes, mas si su organismo le inclinaba al vicio, su educación y su talento le hacían que se colocara en un justo medio, sin rebasar jamás esa línea que separa al vicio censurable, del vicio considerado las más de las veces como perdonable ligereza.

Dado al sibaritismo, sin llegar á la glotonería; aficionado al vino, sin caer jamás en la embriaguez repugnante; mujeriego, sin que el amor á las hijas de Eva le inspirara jamás pasión villana, sino antes al contrario, amándolas con cierta caballerosidad quijotesca, en la forma, pero sin el platonismo con que el ingenioso hidalgo adoraba á su zafia Dulcinea.

Sólo una pasión parecía dominarle, la pasión del juego.

Su íntimo amigo Juan del Río era el reverso de la medalla: sobrio, formal, repugnando los juegos de azar y amando á todas las mujeres como á hermanas, á una sola y desde los primeros años de su juventud, como á su amada, y soñando desde el primer día en que la adoró en hacerla madre de sus hijos. Juan del Río debía ser descendiente del casto José. Vicente Rubio, de Salomón, en la época en que tuvo setecientas concubinas.

El uno hubiera dejado la capa en manos de cualquier hembra que hubiese imitado la conducta de la esposa de Putifar, el otro hubiera empeñado la capa para obtener sus favores.

La diferencia de caracteres y hasta la desigualdad de posiciones, estrecharon sin duda la amistad entre Vicente y Juan, que siempre electricidades del mismo nombre se repelen, y se atraen las de nombre contrario, como el iracundo ama al paciente y el nervioso al de temperamento sanguíneo.

Juan del Río fué, durante muchos años, el protector y consejero de Vicente y, como éste le llamaba, su caja de ahorros.

— En tí, queridísima caja de ahorros, — decía Vicente, — encuentro dinero para mis apuros, consejos para mis dudas y sanas reglas de virtud y de moral que refrenen mis malas pasiones cuando el Mefistófeles de mi alma tira tanto de la cuerda que casi vence al ángel del bien. Y esto sí que es milagroso, tener una caja, encontrar fondos en ella, y todo esto sin tener la virtud del ahorro; pero ¿qué importa, si por mí la tienes tú?

— Valiera más que por tí mismo la tuvieras, y ya comprendes que al decir esto me refiero á la caja de ahorros de virtudes y no á otra.

— Naturalmente; virtudes sólo podría ahorrar, que otra cosa... Pero ¿qué quieres? yo soy como soy, y soy así porque así me echaron al mundo; me echaron, fíjate bien, que por mi voluntad no hubiera yo venido, ó por lo menos hubiese estipulado condiciones más ventajosas, económicamente hablando.

— Pero como ya estás aquí, deberías tener juicio y vencer esas malas condiciones con que al mundo te echaron.

— Y las venceré, no lo dudes.

— Siguiendo el camino que llevas lo juzgo difícil. En cuanto tienes un duro lo pones á una carta. El juego te domina.

— No lo creas, Juanito de mi alma. El juego me repugna. Me gustan las luchas en que el valor, el ingenio ó la destreza den la victoria, pero en el juego nada de eso sirve, puesto que el azar, para conceder sus favores, nada tiene en cuenta. La victoria no es del que más vale, sino de uno. ¿De quién? De uno; del menos digno quizá.

— No te comprendo; si así opinas, ¿por qué juegas?

— Porque también creo que el azar es un factor importante; el refrán lo dice: «Fortuna te dé Dios, hijo.»

— Fortuna en el trabajo, — dijo Juan.

— Fortuna, fortuna y fortuna primero, y después ingenio, talento mercantil, conocer el momento en que se vive. ¿Se gana hoy dinero produciendo? No; comprando y vendiendo: pues á comprar y vender.

— Entonces, ¿qué es lo que piensas hacer? ¿cuáles son tus planes?

— En cuanto tenga un millón, seré

banquero, construiré ferrocarriles y carreteras, me quedaré con todas las contratas de tabacos, y prestaré al Estado, y me comeré un riñón ó los dos del país que me vió nacer y de todos los países cuyos riñones sean comestibles.

— ¿Todo eso empezarás á hacerlo cuando tengas un millón?

— Sí.

— Pues entonces, no comerás riñones, ni al jerez ni salteados.

— ¿Y si te equivocarás?

— ¿Cómo piensas tener ese primer millón?

— El azar me lo dará.

— Hasta ahora, ¿te ha protegido la suerte?

— No; desde hace cuatro años casi todos los primeros de mes pierdo invariablemente los haberes que con el sudor de mi frente y de todo mi cuerpo gano en el maldito Juzgado de la Inclusa.

— Alimenta entonces la esperanza de que ese millón llegue y espérale sentado.

— Le espero dispuesto á echar á correr, pues adivino que su llegada está ya próxima.

II

A los pocos meses de este diálogo entre Juan y Vicente, éste último desapareció de Madrid, sin que ninguno de sus amigos pudiera averiguar su paradero.

Transcurrieron quince años, y cuando ya nadie se acordaba del alegre y decididor escribientillo del Juzgado de la Inclusa, apareció don Vicente Rubio al frente de una gran casa de banca, dueño de un suntuoso hotel



DELANTE DEL ESPEJO, cuadro de Wladimiro Czachorski (premiado en la última Exposición de Munich)



EL QUE LLEGA Y EL QUE PARTE, cuadro de G. de Chirico

situado en el paseo de la Castellana, y siendo, en una palabra, uno de los reyes de la banca. Sus profecías se habían cumplido y aun habían ido más allá de lo que nunca se hubiera atrevido á soñar.

Vicente Rubio, por grandes servicios económicos prestados al Estado durante la última guerra civil, obtuvo el título de duque de Casa-Rubio.

Mientras así subía Vicente, Juan del Río bajaba. Murió su padre, y poco tiempo después, la quiebra de una importante casa de Cádiz y otros quebrantos deshicieron la fortuna de Juan, quien quedó reducido á vivir de un sueldo de veinte mil reales anuales que le producía un destino en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Bien dijo Cervantes que hay dos clases de linajes: unos que empiezan y otros que acaban en punta.

La amistad entre Juan y Vicente reanudóse á la vuelta de éste á Madrid.

Juan habíase casado con la única mujer á quien amó. Vicente permanecía soltero para poder amar á muchas.

Aun hay muchas personas en Madrid que recuerdan las espléndidas comidas con que el duque obsequiaba todos los viernes á sus íntimos amigos. A estas comidas que alegraba más el *sprit* del duque que el riquísimo champagne de su bien surtida bodega, solía asistir Juan.

Muchas veces, estando de sobremesa, había preguntado Juan á su amigo el secreto de su fortuna y ¿por qué no decirlo? hasta llegó á tener un mal pensamiento, viendo que Vicente esquivaba la respuesta, diciendo:

— No me recuerdes eso; sufrí mucho.

No se había cansado la desgracia de perseguir á Juan. Una larga enfermedad le arrebató á una hija de ocho años, y á su dolor añadióse una precaria situación. Los gastos de la enfermedad desnivelaron su presupuesto y vióse precisado á tener que recurrir á un usurero ó á abusar de la amistad de un amigo. No hubiera apelado jamás á este último medio, pero las condiciones que los usureros le imponían eran tan onerosas que, violentándose mucho, se decidió y fue en busca de su amigo el duque.

Sólo Dios sabe las penas y los esfuerzos que le costó dar este paso. Más de seis veces retrocedió desde la puerta del hotel de su amigo sin atreverse á oprimir el timbre eléctrico. Decidióse al fin; latió con violencia su corazón y entró en el hotel pensando:

— Creerá quizás que vengo á pedirle una recompensa por los pequeños favores que le hice en aquellos años felices que ya pasaron. Las desgracias hasta me hacen alimentar malas pasiones. ¿Por qué he de juzgar á Vicente capaz de tan mezquinos pensamientos?

El duque de Rubio, que días antes habíase enterado de la triste situación de su amigo, no le dió tiempo á que expusiese su petición. Le recibió con los brazos abiertos, y obligándole á sentarse á su mesa y á almorzar con él, le dijo:

— Juan de mi alma, iba á ir á tu casa; tengo un proyecto y cuento contigo. Me he quedado con el ferrocarril de C. á B. y necesito una persona de toda mi confianza que se encargue de la gerencia; esa persona eres tú. No sé si te convendrá: seis mil duros y casa. Más quisiera darte, pero, chico, los negocios van mal. ¿Aceptas?

— ¡Yo!

— No admito excusas: si los amigos no me ayudan... ¡Ah! te advierto que como tendrás que trasladarte á C., la compañía ha decidido que se te entreguen por mi mano tres mil duros, pero en calidad de adelanto y reintegrables, ¿eh?

— Vicente, — dijo Juan, llenos los ojos de lágrimas, — perdóname, soy indigno... yo... cré, ¡ah! fui un... No es ya el favor que he de agradecerte, sino la manera de hacerlo. Déjame que te abrace, amigo querido; más que mi amigo, mi hermano.

— Pero, ¿qué te pasa? — replicó el duque, disimulando su emoción. — ¡Ah! ya: tu pobre hija...

Callaron por un momento; continuó el almuerzo, logrando la alegría de Vicente que se disipara en parte el dolor de su amigo.

Al terminar el almuerzo fueron á fumar al despacho.

Arrellanados en dos butacas, entablóse entre los dos amigos una conversación sobre negocios.

Juan, mientras escuchaba, examinaba la habitación.

Era aquel un elegantísimo y severo despacho; acostumbrado Juan á la riqueza, no le asombró nada de cuanto allí veía, excepto un gran cuadro colgado sobre una alta chimenea.

¿Era aquel cuadro alguna pintura de Teniers, Meissonier ó algún otro célebre pintor? No; no llamó la atención de Juan por esto, sino por lo extraño de aquel adorno.

En gran marco negro y sencillo se veía una plancha de esmalte blanco y en el centro un cero de oro.

— ¿Qué querrá decir esto? — se preguntaba Juan.

Concluido el negocio de la gerencia, no pudiendo Juan resistir á su curiosidad y puesto ya en pie para marcharse, preguntó á su amigo:

— Dime; ¿qué quiere decir ese cuadro?



SUS FAVORITOS, cuadro de E. Munier

— Esa es, — dijo el duque, — la máxima, que muchas veces te dije, puesta en jeroglífico.

— No recuerdo esa máxima.

— Para comenzar basta la nada, y fortuna, fortuna y fortuna.

— Sigo sin entenderlo.

— No me has preguntado muchas veces el origen de mi fortuna? pues ese cuadro te da la respuesta. Veo que te asombras y no quiero mortificar por más tiempo tu curiosidad. Siéntate otra vez y oye cómo gané aquel primer millón de que tantas veces hablamos.

Volvieron Juan y Vicente á ocupar sus asientos, y el segundo habló así:

III

— Tú, mi querido Juan, tenías fortuna; fuiste siempre muy bueno, y sin duda la diosa ciega se dijo: «Este ¿para qué quiere mayor fortuna que su bondad?» y te volvió la espalda llevándose tus bienes. Yo no fui bueno, no tenía ni dónde caerme muerto, pero estaba dispuesto á reñir con la fortuna con uñas y con dientes, y logré atemorizarla, y la estúpida diosa se vino tras de mí, pero quiso hacerme ver su poder, y de la nada, pero de la nada en absoluto, me dió los medios para que comenzase á hacer esta colosal fortuna que hoy tengo. Oye cómo fué esto. Cobré el primero de junio del año 18... mi paga como escribiente del Juzgado; doce duros en total. Debía tres meses á mi patrona y me dispuse á pagarle los tres ó á deberle cuatro. Con mis sesenta pesetas fui á jugar, y gané en una sesión tres mil duros próximamente. Al siguiente día, sin despedirme de nadie, me metí en el tren y no paré hasta llegar á Mónaco. Aquel dinero iba á procurarme el primer millón.

— No continúes, adivino la historia, — dijo Juan; — la suerte te favoreció y ganaste el...

— No me interrumpas. A los seis días de llegar á Mónaco no tenía una peseta y debía seis días en la fonda. Transcurrieron veinte y tantos más y la cuenta del fondista crecía y mis apuros crecían más. Nunca pensé en pegarme un tiro, no entraba en mis cálculos, pero á la verdad, nunca mi cerebro ha estado más seco que en aquella ocasión. ¡Cerca de un mes en país extraño sin una peseta y con mis sesos que parecían una esponja seca! Pasé aquellos días encerrado en la sala de juego viendo cómo ganaban unos y otros perdían. Por fin, encontré una solución: hablar al fondista, contarle lo que me ocurría, y al siguiente día venirme á pie á España dejando mi equipaje al fondista. La solución era preciosa, viajar ejerciendo de mendigo. Madurado el proyecto y decidido á ponerlo

en planta al siguiente día, fuíme después de comer al salón de juego. Todos los asientos estaban ocupados, yo me coloqué de pie y detrás del que ocupaba uno de los testereros de la mesa. Debieron pasar dos horas, yo no veía lo que en la mesa ocurría. Pensaba en mi proyecto. De repente sentí un vuelco en mi corazón; á mis pies había una moneda de oro, que sin duda se había caído á alguno de los jugadores. Aquella podía ser la base de mi fortuna. Fui á bajarme para cogerla, pero no me atreví; conocería todo el mundo por qué me bajaba y alguien quizá reclamaría. ¡Qué momentos tan angustiosos pasé! Por fin encontré una idea, aquella moneda era un luis; podía jugarla de boquilla, como dicen los jugadores, y si la perdía entonces sería ocasión de recogerla. Puse el pie sobre la moneda y pensé á qué número la pondría. Sentí una voz, ó un murmullo en mi cabeza que decía: «¡Tu moneda! No es tuya; tú no tienes nada, con que bien claro está: ponla al cero.» «Un luis va al cero,» dije con voz ahogada. «Va,» respondió el banquero. Rodó la bola y cayó en la casilla del cero. Lo que tragué en aquel momento no fué saliva, fué veneno. Mi fortuna estaba hecha, aquella noche gané 260,000 francos. ¡Ya tenía el millón! Después aquel dinero en mis manos hizo lo demás. Arquímedes para mover el mundo pedía un punto de apoyo y una palanca, yo para hacerme rey del mundo no pedí más que un millón. Al terminar la sesión de aquella noche estaba fatigadísimo; no había movido el pie que coloqué sobre la moneda. Iba ya á marcharme y me taché de ingrato: ¡marcharme sin recogerla! y...

— Permíteme que te interrumpa, — dijo Juan; — la recogiste y la guardaste, y permite además que te diga que tu máxima no es del todo cierta; la fortuna es verdad que te protegió, pero algo tenías: un luis.

— Me incliné á recoger aquella moneda, — replicó Vicente, sin hacer caso de la interrupción de su amigo, — y era un pedazo de papel de estaño, restos de una cápsula de botella de champagne.

RICARDO REVENGA

EL TEATRO TAGALO

(Conclusión)

Así como en aquellos mares el barquichuelo pirata de quilla podrida y remendada vela, navega en todas las monzones sin peligro, porque cualquier bocana le sirve de puerto, cualquier peñón le abriga y no hay tempestad que se digne destrozarlo, el navío de los grandes mares que necesita mucho fondo y horizontes anchos nunca encuentra monzón para desplegar sus velas con holgura, y ha de pudrirse en el puerto, ó se ha de estrellar en las mismas peñas donde los otros se salvan. Agréguese á todo esto que la sociedad indígena si puede llamarse así, padece análogos ó acaso mayores achaques, análogo amaneramiento, análogo burocratismo y curialismo, sazonados con un espíritu mercantil de bajo vuelo, que sólo inspira ideas menudas y prosaicas. Únicamente algún artista extranjero por moda ó por vanidad encuentra allí aplauso y protección. En esto como en otras muchas cosas es materia opinable quién ha corrompido á quién, si el colonizador al colono, ó el colono al colonizador. He aquí por qué no existe propiamente en Filipinas literatura española ni tagala, ni siquiera teatro español ó teatro tagalo, manifestación la más expresiva y á par la más rudimentaria de todo movimiento intelectual.

Pero en fin, lo que existe ha seguido la gradación que venimos reseñando, y llegó á tomar cierto carácter en el período que media desde el apogeo del teatro de Binondo con Escosura hasta 1866, toda vez que dentro de ese período se estableció la censura para el teatro tagalo y el impuesto de 20 reales por función á favor de los Fondos de Arbitrios. Tanto ó más que el ejemplo de los españoles, que según hemos visto, empezaban á dar señales de vida y al fin levantaron en Arroceros bajo la protección del Ayuntamiento un regular edificio, aunque no fué el arte dramático quien más lo utilizó, sino la ópera italiana, debió influir en los indígenas el ejemplo de los *coletudos*, como llaman ellos á los hijos del Celeste Imperio, que por aquellas fechas llegaron á estar dominados de verdadera fiebre teatral, toda vez que en 1866 vióse el Capitán general D. Juan de Lara obligado á limitarles por un decreto los sitios en que podrían gozar de sus espectáculos, citándose nada menos que cuatro en los arrabales de Binondo, Tondo, Santa Cruz y Loobán (barrio de Quiapo), con la advertencia de que en las fiestas particulares del gremio chino podían permitirse comedias en San Miguel y la Concepción. Esto se hizo por evitar al vecindario de las calles principales las molestias que con sus músicas ruidosas y su concurrencia bullanguera ocasionan los teatros chinos; molestias que, en efecto, exceden á toda ponderación.

Réstanos hacernos cargo de otro que puede llamarse elemento teatral muy arraigado en el país, sobre el cual corren entre el vulgo dos opiniones irreconciliables; hay

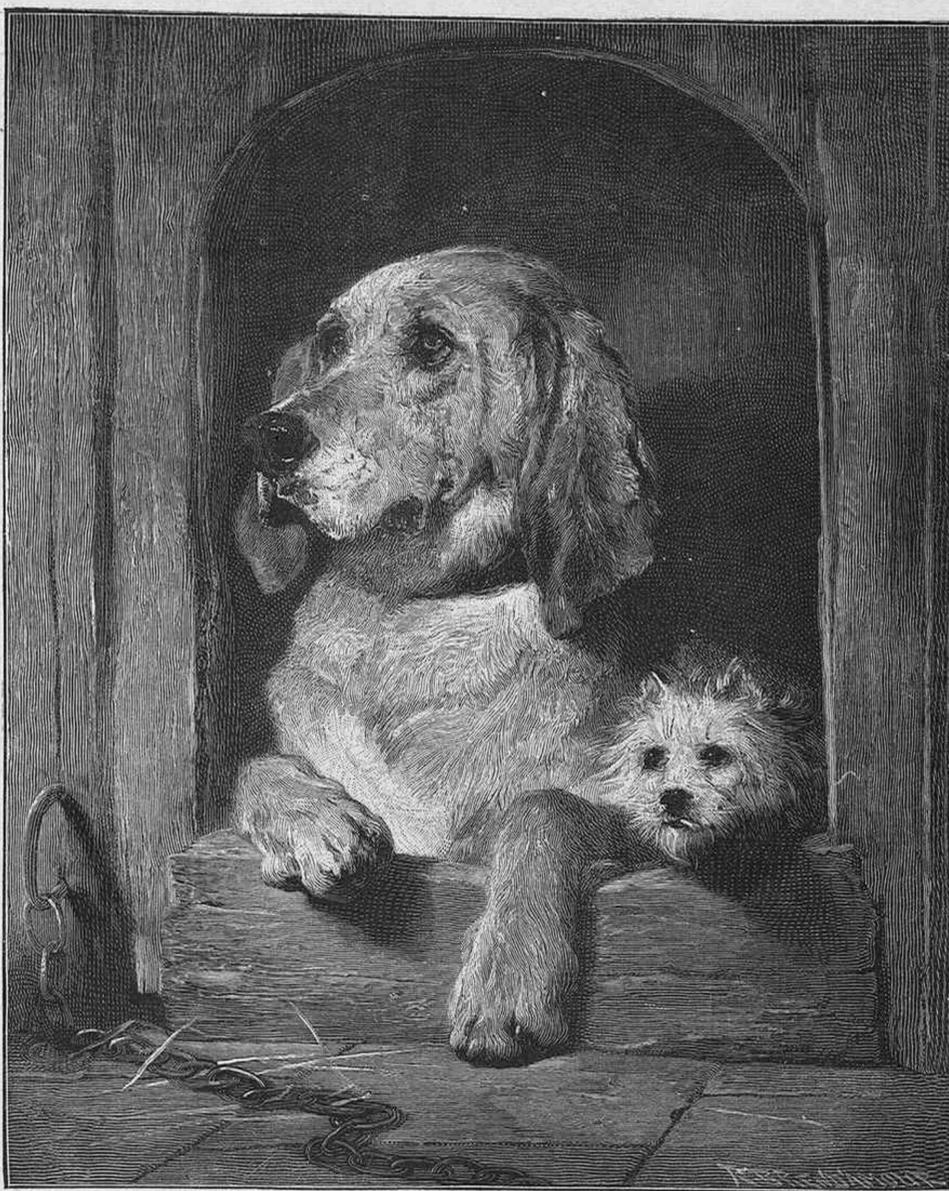
quie
tam
tras
máti
novi
prog
dive
estu
llos,
sunt
de la
ó de
ante
Dieg
tablo
rente
mism
atrib
mari
puta
desc
nion
Dica
Com
pina
pasó
de la
disq
ma
te y
E
arm
el le
el P
cuar
mo
con
«el
que
con
zos
agos
y de
los
bién
de a
los
en u
don
rece
Plán
púb
igles
lo,
pect
tar e
escé
sin g
seria
la r
Gob
se co
otros
cabe
E
tes,
repr
meje
do p
pe.
Mar
bar
ñole
la fl
core
verd
para
infan
E
de r
pob
taos
son
figu
para
con
dece
tura
que
pron
?Qu
que
de a
cors
dor
dillo
can
tam
meo
je d
casi
buj
á la
ren
bitu

quien lo crea indígena, antiguo y también parodia sainetisca de nuestras primeras representaciones dramáticas, mientras otros aseguran ser novísima invención de un emigrado progresista que le dió su nombre. La divergencia es, como se ve, de lo más estupendo. Nos referimos á los *carrillos*, que en verdad pudieran ser trantuntos y derivaciones del famoso carro de la Muerte pintado por Cervantes ó de la prosaica carreta donde mucho antes se representaron los autos de Diego Sánchez de Badajoz, si el retablo de maese Pedro no tuviera parentesco más íntimo con ellos que el mismo fulano Carrillo á quien se atribuyen, y si la invención de las marionetas valiera la pena de ser disputada á la China; porque como tal lo describe, apartándose de las dos opiniones mencionadas, el autor del *Diccionario de la Administración, del Comercio y de la vida práctica en Filipinas*, interesante publicación que no pasó por desgracia del tomo 2.º ni de la letra C, donde sin meterse en disquisiciones ni en honduras le llama *carrillo chino*, como cosa corriente y de todos sabida.

En el fondo se trata de un simple armatoste como los que sin ser viejo el lector habrá visto campantes por el Prado de Madrid, dando por dos cuartos espectáculos maravillosos como la torre de Binondo en China con tantas ventanas como días tiene «el año», que eran más disparates que ventanas. Habíalos y háylos aun con figuras parlantes, en vez de lienzos pintarrajeados, que hacen su agosto con los niños y los patanes, y de éstos son copia más aproximada los de Filipinas, aunque ya van subiéndose á mayores, y en las fiestas de algunos pueblos no suelen estar los *carrillos* sobre ruedas, sino fijos en un... tablado íbamos á decir, pero donde los tablados son de caña, parece más natural llamarlos cañizos. Plántanse por lo general en la plaza pública al lado ó en frente de la iglesia, y á poca elevación del suelo, para que pueda saborear el espectáculo un público que suele estar en cuchillas, que es su postura favorita. El aparato escénico que allí se despliega, puede el lector calcularlo sin grande esfuerzo. Pueblo de niños, que las cosas más serias convierten en infantiles juegos, de muchas leguas á la redonda acuden á divertirse á costa del P. Cura, del Gobernadorcillo ó del Patrono de la cofradía cuyo santo se celebra, que por una docena de pesos ha contratado otros tantos *Juanchos* con algo de chirumen en *aquella su cabeza*, que suelen rodar por los pueblos á caza de gangas.

En algunos centros populosos hay *carrillos* permanentes, ya para sombras chinas y figuras de cartón, ya para representaciones menos informales, y éstos recuerdan mejor nuestros corrales de comedias, de quien ha quedado por prototipo el de la Pacheca, hoy teatro del Príncipe. Había en 1886 uno en la calle de la Magdalena de Manila, que probablemente á estas horas habrá visto acabar á mano airada su mísera existencia, porque los españoles maleantes, que abundan no poco, habían dado en la flor de asistir á las funciones por cuca y soflama, para corear la pieza con todas las chocarrerías, dicharachos y verduras á que se presta en efecto semejante espectáculo para gentes de mediana ilustración. Se necesita el espíritu infantil de aquel pueblo para contentarse con tan poco.

Era un corral verdadero y nada limpio, que conservaba de noche residuos y sobrantes de gallinas y marranos sus pobladores de día, alternando con *dalagas* (mozas), *baguntaos* (mozos) y *matandas*, pues las viviendas de los indios son verdaderas arcas de Noé. Allí en bancos de todas las figuras geométricas, desde el rombo al cubo, y no siempre para sentarse, que es lujo apenas usado, se acomoda una concurrencia digna del pincel de Goya. Hablar de desnudeces y posturas académicas, por demás sería, pues la naturaleza no gasta en Indias los remilgos que en Europa, que por algo se crió allí la manzana de Eva, y por algo pronunció allí el Criador el *crecite et multiplicamini*... ¿Qué harían en puridad las pobres mujeres de sus senos que por acá llamamos túrgidos y mórbidos, cuando ni son de alabastro ni el calor les consiente la esclavitud del corsé, antes libérrimos y aun libertinos y chorreando sudor como espita mal cerrada, en vez de escondite y tapadillo les piden ventilación y aireo mal subordinados á la candonga, que es un pañizuelo tenue que aun con el aditamento de la camisa apenas hace el oficio de una red medianamente tupida? Pues los hombres en perpetuo traje de dormir, y con la camisa por fuera del calzón, que casi nunca está herméticamente cerrado, mientras ella dibuja tan á lo vivo los contornos que suele andar pegada á las espaldas con el sudor, ¿qué extraño es que no reparen en pelillos al acucillarse ó acurrucarse, que es su habitual postura, ni que formen sus corros tendidos á la



DOS AMIGOS, estudio de Sir Edwin Landseer

larga, ni que se permitan en fin otras actitudes, que quizás entre ellos parecen del mayor atildamiento y hasta galanura y estética exquisitas?

Hombres y mujeres, pues, forman como quien dice montones mascando buyo, fumando tabaco Barili, comiendo naranjitas, cajeles, mani y hasta huevos, pues los indios gustan de tenerlo todo desocupado menos la boca y el vientre, sin contar que en nuestras antiguas comedias se hacía lo mismo, no siendo obstáculo para ello que se representasen en las iglesias, donde se almorzaba ó se cenaba según la hora, y á veces lo servían los sacristanes mismos, según se ve en las *Farsas* de Diego Sánchez, de donde se infiere que las dependencias de los templos estarían convertidas en almacenes de comestibles. Por supuesto, que de la función apenas se penetra nadie, salvo que cruja alguna vaina de hoja de lata arrastrada estrepitosamente por el actor poseído de su papel, ó que relumbre el talco con que la dama se emperejila, que suele ser Emperatriz de la gran China ó Reina por lo menos de un país que no se encuentra en ningún Mapamundi, ó que empiecen los gritos del *Moro-moro* al son del himno de Riego en la descompuesta charanga, que entonces es de ver cómo aquellas caras marmóreas se animan, y aquellos ojos mortecinos relampaguean, suspenden aquellas bocas su faena masticatoria y levantan el diapason aquellas voces, que parecen educadas para el antiguo chichisveo, según á las veces no se les ve mover los labios y se cree que hablan por dentro del estómago como los ventrílocuos. Alimentada la iluminación por aceite de coco, que no huele á ámbar ni cosa parecida, máxime con el pábilo de los *tinsimes*, torcidas chinas de que se valen, fórmase entre el tufo, el Barili y el buyo una atmósfera irrespirable, y apenas puede verse el telón de boca, que tendrá cosa de un metro en cuadro, donde por mayor gala y donaire, novísimamente ha pintado un artista indígena una escena que quiere ser de plaza de toros, á saber: un carabao acometiendo á un caballero vestido á la española antigua, que con la espada desnuda lo recibe. Alzase el telón y aparece una sábana, que si estuviera limpia podría recordar á Lope de Rueda, puesto caso que el buen batihaja por ser valenciano las gastase bien lavadas, y detrás de la sábana los muñecos que gesticulan y manotean sin ton ni son, moviéndose al propio tiempo de acá para allá, mientras el director, que está debajo del cañizo, habla por ellos con acento fingido, ora de galán, ora de dama, en gangoso tono y en idioma infantil, que logra en algunos momentos arrancar gritos y carcajadas á aquel público de cal y canto.

Por los primeros días de 1886 bramaba justísimamente de indignación la prensa de Manila, porque el *carrillo* de

la calle de la Magdalena se había atrevido á representar *Don Juan Tenorio*, drama que estaba de moda entre la gente maleante porque un actor indígena del teatro filipino solía con harta frecuencia degollarlo, como decimos por acá, tomando gravemente por aplauso y satisfacción pública la chacota, el jolgorio, la verdadera cencerrada que todas las noches hacía el público de buen humor, y que más de una vez llevaron á la cárcel á actores y espectadores. Las tablas se cubrían de legumbres arrojadas, allí reducidas á patatas y cebollas de China y algún camote nacional. Calcúlese lo que acontecería en el carrillo, si esto pasaba en un teatro medio formal.

Términaremos pues con lo que entonces escribió un indignado redactor de la *Oceanía Española*:

«Yo comprendo que en estos teatros den *La Uta Norica*, *Los sudores del rey Momo*, y otras y otras obras por el estilo; pero... ¡Don Juan Tenorio! ¡Pobre Zorrilla!

»Si él viese un monigote de cartón de cuerpo diáfano declamando aquello de:

Por donde quiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarneé,
á la justicia burlé,
y á las mujeres vencí...

»¡Ah!... Y otro monigote que dice:

Aquí hay un don Luis,
que vale lo menos dos...

hace una genuflexión, pega con los nudillos contra el suelo ¡y excita el entusiasmo del público!!!

»Doña Brígida es otro mamarracho tan mamarracho como el resto de los personajes. Todos ellos tienen manos de ave y cuerpo de *asuang*. Cuando mueven los brazos parece como que se piden limosna los unos á los otros.

BRIGIDA: ¿Vais á sacarla de aquí?
D. JUAN: ¡Necia! ¿piensas que rompí la clausura temerario para dejármela así? Mi gente abajo me espera. Sígueme.

»Don Juan pasa por delante de Brígida y como el cuerpo de ésta es trasparente, á través de Brígida ven los espectadores á don Juan. Pues ¡y cuando éste, con una rodilla en el cogote, le dice á su doña Inés:

¿No es verdad, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla,
y se respira mejor?

»Doña Inés permanece con los dedos dentro de las narices... luego saca la mano y se la incrusta á él en la barriga diciéndole:

¡D. Juan! ¡D. Juan! yo lo imploro
de tu hidalga compasión.
O arráncame el corazón
ó ámame porque te adoro.

»Momentos después una afinada orquesta, que consta de acordeón, bombo y platillos, toca la salmodia, en tanto que en una lata de petróleo da acompasados porrazos el traspunte, y dice don Juan:

Cesad, cantos funerales;
callad, mortuorias campanas;
ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales.

»Y en seguida una ristra de ajos circunda como aureola la dulce unión de don Juan y doña Inés. Ambos suben sobre la ristra, llevando entre ellos un angelito que parece un pájaro. Es... ¡la apoteosis!!!

Otro día quizás consagraremos al repertorio tagalo un estudio bibliográfico, examinando de paso algunos dramas de los más típicos, que hicimos traducir á indios inteligentes con este objeto.

V. BARRANTES

NOTICIAS VARIAS

EL CORREO EN INGLATERRA. — El director general de correos acaba de publicar la estadística terminada el 31 de marzo de 1888. Durante los doce meses que comprende, el número de cartas, tarjetas postales, paquetes de libros, circulares y periódicos se eleva á 2.242,800,000, ó sean 60 por cada habitante. Durante las fiestas de Navidad, distribuyó el correo de Londres 41.000,000 de cartas y tarjetas. Por espacio de algún tiempo tuvieron que ocuparse en



¡CÁTALO!... cuadro de Augusto Vollt

este servicio 3,095 empleados supernumerarios y hubo necesidad de añadir á los 435 carruajes ordinarios 370 más. El número de telégramas asciende á 55.404,425.

* *

LLUVIA DE TINTA. — M. L. A. Eddie, de Graham's Town, cabo de Buena Esperanza, acaba de dar una descripción por demás interesante, de una lluvia de tinta que hubo de caer en la colonia del Cabo, el 14 de agosto del corriente año. Después de una tempestad que comenzó al medio día y duró hasta el día siguiente, se hallaron espacios inmensos cubiertos de agua tan negra como la tinta.

Dos teorías, dice Eddie, pueden explicar este fenómeno: la una que el agua había recibido esta coloración, de las partículas volcánicas suspendidas en la atmósfera á consecuencia de una reciente erupción; la otra, la más probable, que la tierra en su viaje á través del espacio, había encontrado una nube de polvo meteórico excepcionalmente densa; que esta materia extraordinaria consistía en hierro meteórico y que arrastrada por la lluvia y mezclada con el agua de los pantanos y con los des-

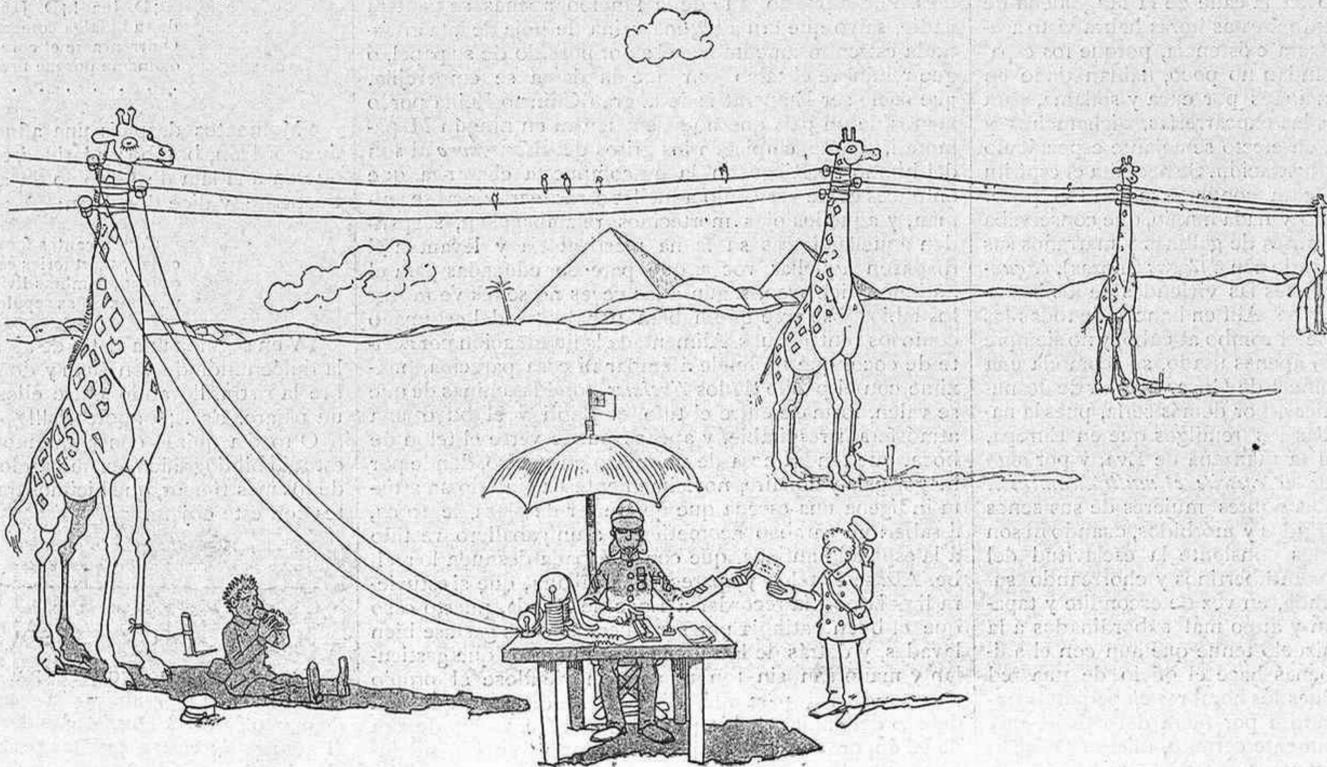
pojos orgánicos contenidos en ella, se había disuelto dando al todo un color negro ó de tinta. Hay también la hipótesis de que el color negro podía prevenir simplemente de la mezcla de ese finísimo polvo cósmico con el agua; pero el observador se inclina más á pensar que la tinta ó color negro provenía de la disolución del hierro en el agua saturada de despojos orgánicos, bien que una parte de las partículas cósmicas pudiera haber flotado sin disolverse en el agua y depositarse luego como sedimento. Su aspecto era el que tendría el agua ligeramente acidu-

lada después de haber permanecido en un vaso de hierro durante una noche.

* *

FIN DEL GREAT EASTERN. — Este gigantesco navío va á ser definitivamente demolido, después de haber procurado en vano utilizarlo por espacio de treinta años. Mide 210 metros de largo por 25 de ancho, con capacidad de 18.914 toneladas. Fué construído por los planos de mister Scott Russell sobre los planos de Brunel para los viajes al extremo Oriente pasando por el Cabo de Buena Esperanza, con 3,000 pasajeros y una gran cantidad de mercancías sin necesidad de proveerse de carbón en la travesía. La operación de bolarlo al agua fué sobre manera difícil, y su coste fué de unos 1.500,000 francos. Inmediatamente se renunció á darle el destino para que fué construído, y en 1859 partió para los Estados Unidos; pero no pudo hacer la travesía por la rotura de un tubo de vapor, accidente que costó la vida á muchas personas. Más tarde hizo otros viajes entre Europa y América pero los productos no estuvieron nunca en relación con los gastos.

(De La Nature)



EL TELÉGRAFO EN EL DESIERTO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA, — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN